



APARTADO 628
C A R A C A S

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 23 - No. 227
JULIO - AGOSTO 1960

El 24 de Junio Venezuela asistió asombrada a un conato de magnicidio, que afectaba por igual al Presidente Betancourt, a la Democracia Venezolana y a la Nación entera.

Fracasó providencialmente el atentado, para desconcierto de todos los sectores conspirativos: de los revanchistas dictatoriales, que tras la cortina de humo anticomunista bregan por el retorno a un régimen de fuerza, y de los arribistas marxistoides, que tras la cortina de humo de la antidictadura, bregan por la insurrección popular a la manera cubana.

Los culpables.

La prensa nacional y un documento severísimo del Ministerio de Justicia vienen señalando como autor moral y financiador del atentado al dictador de Santo Domingo. De comprobarse esta gravísima acusación estaríamos al borde de la beligerancia. Urge la inmediata convocación de la OEA y la aplicación fulminante de las sanciones previstas en la Conferencia de Río de Janeiro.

Pero, en todo caso, Trujillo ha obrado a través de un equipo de ciudadanos venezolanos, vinculados al sector de los inadaptados, que han sido eliminados de los puestos públicos con ocasión de los sucesivos conatos de alzamiento militar. ¿Cómo dudar de su culpabilidad gravísima e inmediata?

Junto a ellos se ha mencionado con justicia a los que —con las armas de la publicidad y de las manifestaciones políticas— han estado socavando desde los sectores marxistas el prestigio del Gobierno de Coalición y del Jefe del Poder Ejecutivo con una crítica no siempre noble y constructiva; en ocasiones manifiestamente sectaria e irresponsable. Los extremos se tocan. Perezjimenistas, comunistas y comunistoides coincidían con frecuencia sorprendente en las mismas expresiones y parecían reflejar idénticas apetencias.

Otros han delatado, con justificada severidad, la ineficacia de los servicios policiales. También ellos, y particularmente sus jefes, son responsables de la impunidad asombrosa de que gozan hoy en Venezuela toda clase de foragidos y maleantes, sin excluir, según se ha comprobado en el hecho trascendental del 24 de Junio, a los terroristas más peligrosos.

Como cristianos y como patriotas.

Hemos hablado recientemente, en estas mismas páginas, de la doctrina cristiana sobre la sedición. Muy ofuscado tiene que estar quien afirme del actual Gobierno que ha llegado a tal grado de tiranía y opresión "que destruye los fundamentos de todo buen régimen de vida social, sin que puedan alimentarse esperanzas de obtener remedio por otros caminos que no sean la sedición".

Un cristiano sincero tiene que reconocer que el atentado de magnicidio del 24 de Junio fue un pecado grave. Pero algunos sedicentes cristianos —suponemos que felizmente muy pocos— con un criterio moral que asombra y abochorna se han permitido formular en la intimidad cierto pesar por el fracaso del atentado. No dudamos en calificar ese mal pensamiento y este mal deseo igualmente de pecado mortal. Sólo una inconcebible ligereza o una pasión política desafortada, que obnubile la razón, explican esta manifiesta aberración moral, que justificaría en el fondo el principio maquiavélico de que el fin justifica los medios.

Las Raíces del
Atentado

En consecuencia, como cristianos condenamos categóricamente, desde estas páginas, el atentado y a sus autores materiales y morales. A los que atizaron el fuego del odio y a los que prendieron la llama del aparato infernal.

Como venezolanos sentimos, no sólo la repulsión del atentado contra el Primer Magistrado de la República, libremente elegido por el pueblo, y en consecuencia, la más alta y evidente representación de la Patria; sentimos además la vergüenza del suceso, que nos coloca en condición penosa y peyorativa ante las naciones democráticas del mundo entero. Ayer fue el hecho exorbitante de la muerte alevosa y cruel de Delgado Chalbaud. Los repetidos conatos de subversión militar ya nos sitúan entre los países de infancia institucional. Ahora, el atentado contra Betancourt cae como una mancha negra sobre el prestigio internacional de Venezuela, sin que logren mitigar del todo la impresión peyorativa la intervención de fuerzas extranjeras en el suceso ominoso y salvaje.

Un corolario aleccionador añadiríamos a este párrafo sangrante: no ven-gamos a demostrar, con actos de suprema irresponsabilidad, que Venezuela no está madura para el régimen democrático. No demos la razón a los predicadores del gendarme necesario. Es tal vez lo que quieren demostrar los autores materiales y morales del crimen.

Una consecuencia paradógica

¿Quién no advirtió el silencio sepulcral que sucedió en los sectores extremistas a la noticia del crimen? El fracaso del atentado parecía haber desconcertado a los jefes y petrificado a las masas.

Repentinamente una frase suelta de la alocución presidencial: "Volvá-vamos a la unidad del 23 de Enero", abrió súbitamente las compuertas de la propaganda comunista. Los comandos pro-soviéticos dieron la consigna; y la prensa, radio y televisión se llenaron de comentarios de la unidad del 23 de Enero. El espectáculo resulta pintoresco, entre otras razones porque demuestra hasta qué punto sectores izquierdistas de URD y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) son satélites obedientes y obsequiosos del partido comunista.

¿Qué quieren los sectores marxistas con su propaganda? ¿Hacer de la derrota una victoria? "El Presidente nos da la razón. Hay que volver a la unidad del 23 de Enero". Indirectamente se propugna la incorporación de los cabeza-calientes y de los comunistas a la coalición gubernamental.

Muy extraña y harto paradógica nos parece esta interpretación de la frase presidencial. El sofisma está en olvidar que la unidad del 23 de Enero era una unidad negativa: unidad anti-dictadura. En la construcción de un régimen institucional es indispensable la unidad positiva de objetivos democráticos. No caben meras posiciones negativas: no queremos esto; sino que es indispensable una posición positiva: queremos hacer esto. La fuerza de la coalición gubernamental no está en la amplitud de su base, sino en la consistencia de sus elementos, que en un juego democrático necesitan, en todo caso, contar con la mayoría parlamentaria.

La verdadera consecuencia

En la conducción de los pueblos, en el esfuerzo del bien común, se están olvidando las bases. Se está olvidando que las ideas son el germen de los hechos. Si las leyes sociales resquebrajan la institución de la familia, cimiento del edificio social; si la escuela laica prescinde, en el mejor de los casos, de la base religiosa y moral de las acciones humanas; si se suple la filosofía espiritualista de la vida por el concepto materialista del mundo ¿por qué lamentar que se suplan la ley y el deber por la violencia y la fuerza?

Es indudable que urge organizar una policía más coordinada y eficiente; que deben depurarse los puestos públicos; que debe restringirse la burocracia; que deben castigarse los robos oficiales; que no puede permitirse una libertad de órganos publicitarios, sin un código moral de prensa y publicidad. Pero éstas son simples goteras del aguacero. La raíz está en que las tejas están rotas. Y hay que retechar el edificio social.

En la escuela y en los órganos de publicidad estamos sembrando la fri- volidad, la irresponsabilidad caprichosa, y, al cabo, el imperio de la fuerza.

En todos los pueblos, al vencerse los resortes espirituales y morales, na- cen los regímenes de violencia y represión externa.

M.A.E.